



Una niña llamada Alicia

Juana Inés Dehesa Christlieb

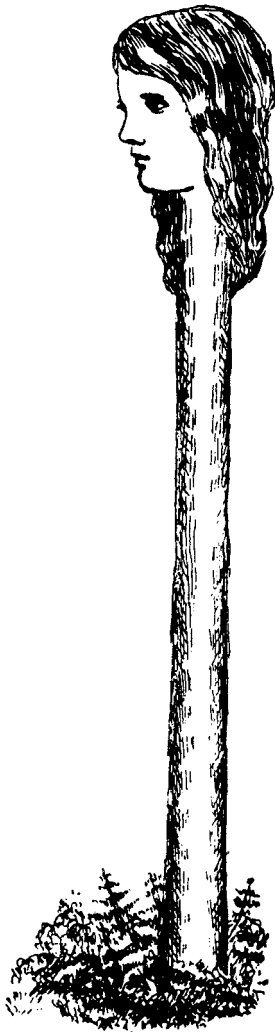


Ilustración de Lewis Carroll
para *Alice's Adventures Under Ground*

EN 2007, LA EDITORIAL ERA publicó, en versión de José Emilio Pacheco, un librito ilustrado a color de Lewis Carroll bastante poco conocido. Su título original es *The Nursery Alice*, convertido en castellano en *Alicia para niños*, y su intrigante oración inaugural es: “Había una vez una niña llamada Alicia”. ¿Alicia?, se preguntará el lector, ¿cuántas Alicias puede guardar la literatura infantil? ¿Cuántas, Lewis Carroll? No muchas, es cierto, y en este caso concreto, sólo una, pues este cuadernillo es una adaptación que hizo tardíamente Carroll pensando en el público cuya edad oscila entre “ninguno y cinco años”.

El 20 de febrero de 1881, el reverendo Charles Lutwidge Dodgson, autor de las aventuras de Alicia bajo el seudónimo de Lewis Carroll, consignó en su diario que había escrito al señor Macmillan (sí: aparentemente, había una vez un señor llamado Macmillan) para proponerle una nueva versión de su texto más famoso. Se refiere a ella como una *nursery edition*, una versión para la cuna, “más delgada y grande que la original, con una selección del texto y de las ilustraciones”. Carroll tenía perfectamente a la vista los límites y alcances de su proyecto, al grado de consignar que, a su entender, el libro tendría que estar ilustrado a varias tintas y su precio de venta podría llegar a los dos peniques.

A pesar de tener tan claro el proyecto, Carroll no empezaría a trabajar en él sino hasta tres años después, y entregaría la última parte del manuscrito en 1889. La edición definitiva vería la luz apenas durante las

pascuas de 1890 —existió un primer tiraje que Carroll ordenó retirar por considerar que el color de las ilustraciones era excesivamente chillante y de mal gusto, y otro que, desesperado, mandó hacer en tinta sepia para repartir entre sus jóvenes amistades, a quienes ya había prometido un ejemplar—. El libro, un cuadernillo de unos 25 × 20 cm, tenía apenas 56 páginas de texto, contra 192 de la *Alicia* original, pero a cambio incluía veinte ilustraciones en color, lo cual, contrastado con las apenas 42 ilustraciones a línea, en blanco y negro, de la otra, implicaba un cambio drástico en la proporción de texto e imagen, así como una separación igualmente fuerte entre las dos obras.

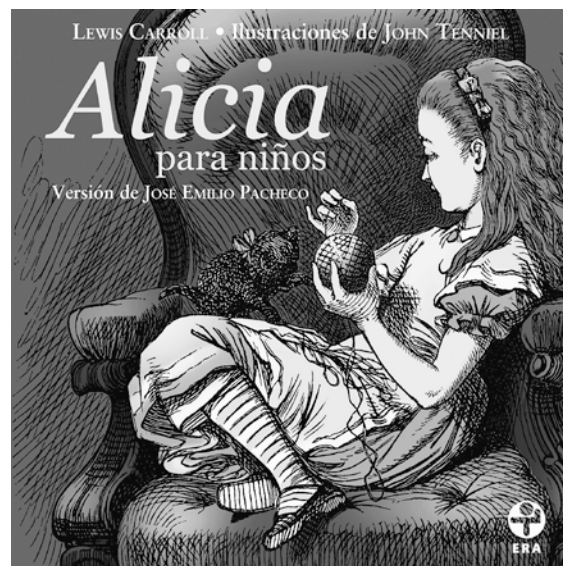
Esta disminución de la cantidad de texto con respecto a las imágenes constituye una de las dos diferencias fundamentales entre las primeras aventuras de Alicia y esta nueva versión, y nace desde la concepción misma del libro. El proceso que siguió Carroll para producir el breve texto fue inverso al de su primer libro: en lugar de escribir y luego enviar las páginas resultantes a un ilustrador, como hizo de manera hartamente minuciosa y a menudo frustrante con su primera versión, encargó a quien ya se había convertido en su artista de confianza, John Tenniel, una serie de imágenes, y sólo una vez que las tuvo en sus manos se sentó a escribirles un texto. Por esta razón, el texto resultante no es una historia independiente, sino que responde más al modelo del álbum ilustrado, esa *rara avis* que habita casi exclusivamente el mundo de la literatura infantil, y que consiste en una obra donde ilustraciones y palabras se encuentran inextricablemente unidas. En este modelo, el texto difícilmente puede leerse por sí mismo: requiere de las imágenes para adquirir su significado más completo.

El texto mira hacia las imágenes, sí, pero sobre todo mira hacia el lector; ésta es la segunda diferencia entre el texto que escribió Carroll cuando tenía 33 años y el que publicó a los 58. En aquél, el narrador corre con tanta prisa como el conejo blanco, forzando al lector a que lo siga en su vertiginosa carrera; en éste, el narrador es un maestro —no olvidemos que el propio Carroll lo era— paciente y un tanto condescendiente, que no se da por satisfecho hasta que su público



Ilustración de John Tenniel para *Alicia*

Lewis Carroll
Alicia para niños
Ilustraciones de John Tenniel,
traducción de José Emilio Pacheco
México, ERA, 2007, 52 pp.



imaginario ha reparado en el más nimio detalle de la historia y las ilustraciones. Con este afán, interpela a su lector (“¿Verdad que el conejo está muy elegante?”) y se detiene a dirigir su atención hacia temas que a veces tienen que ver con el libro mismo (“Ahora mira el dibujo y descubrirás qué pasará”) y otras veces no tanto (“Supón que alguien empieza a hablarte de libros de la escuela y frascos de medicina, ¿no huirías nadando lo más rápido que pudieras?”).

Como atinadamente ha observado el crítico Morton N. Cohen, si bien el libro está pensado para el disfrute de niños entre cero y cinco años, Carroll sabe que quienes llevarán a cabo el acto de lectura serán las madres y nanas, quienes se convertirán al hacerlo en sustitutas del propio Carroll y tendrán la obligación de comunicar atinadamente el mensaje encerrado en el texto y las ilustraciones. El prefacio (dedicado a todas las madres) deja bien a las claras que este libro no está hecho para ser leído por su público; éste simplemente se encargará de que el libro sea “ojeado, arrugado, puesto bajo la almohada, arrugado y besado por niños que no saben de lectura ni gramática”. No: el libro está hecho para ser leído por adultos. Así pues, no será leído, sino escuchado y observado por el público para el cual fue concebido; pero para que esto suceda será indis-

pensable siempre la intercesión de un lector avezado, de una tercera persona que lleve a cabo la misión que Carroll se impuso al pergeñar esta adaptación.

En este contexto la traducción adquiere su mayor importancia. Si Carroll está confiando en las mamás y las nanas que leen este libro a los lectores más incipientes, con más razón se abandona completamente en las manos de un traductor. En *Nursery Alice* es Carroll mismo quien habla, quien convive con su lector, mediante la voz dulce y sosegada de la madre; en *Alicia para Niños*, es José Emilio Pacheco quien habla por Carroll. En su prosa se adivina al poeta latinoamericano, pero también al ávido lector de obras sajonas. Para muestra, baste este último fragmento del prefacio, espécimen perfecto, a un tiempo, de la ágil mente de Carroll y del dominio de la pluma de Pacheco:

Conocí a una niña a quien le habían enseñado que a las niñas debe bastarles con un ejemplar de cada cosa que hay en el mundo: pedir dos panes, dos naranjas, dos algo, atraería sobre ella la horrible acusación de “avorazada”. Una mañana la encontraron sentadita en su cama, mirando solemnemente sus dos piecitos desnudos y murmurando para sí misma en tono bajo y penitencial: “voazada”. ▲▲